

FOUL-TÁCTICO

Número 1, Buenos Aires, 13 de agosto de 2003.

Editores responsables: Matías Gutiérrez Reto, Rolando Martínez Mendoza y José Luis Petris.

Sugerimos la impresión de esta revista para su lectura. Son en total cuatro páginas.

Nuestra dirección de e-mail es foultactico@yahoo.com.ar

Puede escribirnos a ella solicitando recibir sin cargo ni compromiso alguno los próximos números de la revista. También puede enviar a ella sus saludos, comentarios, molestias, elogios, respuestas y/o colaboraciones espontáneas.

Esta revista posee una única regla: sólo se publicarán artículos que no superen las 500 palabras.

Sumario:

Presentación por Los editores

"Los simuladores" NO. Inconciente colectivo por José Luis Petris

"Los simuladores" SÍ. Honestidad brutal por Rolando Martínez Mendoza

Cuentos populares vs. cocina de autor por Matías Gutiérrez Reto

García-Benigni-Citroën por José Luis Petris

Presentación

El fútbol, como el arte, como las licitaciones públicas, tiene reglas. El jugador de fútbol, como todo médico, como toda ama de casa, como todo obrero, las respeta, las infringe tratando de no ser detectado o busca la sanción. Foul-táctico es buscar la sanción, y seguir.

No todas las infracciones a las reglas del fútbol significan para nuestra sociedad infracción. Enviar la pelota afuera del rectángulo mayor que representa el campo de juego es una infracción al reglamento, pero nadie lo evalúa como tal. Una infracción "es": derribar a un contrario con golpes certeros no justificados por la búsqueda del balón; también es interrumpir el juego con un "inocente" golpe leve y/o sujeción del rival. La historia del reglamento del fútbol es la búsqueda, que tiene asegurada el fracaso, de eliminar todo acto que no tenga como función directa intentar introducir la pelota en el arco rival. Pero nadie puede distinguir exactamente entre un golpe generado por la torpeza y un golpe ex-profeso; es imposible determinar siempre qué es llegar a destiempo y qué buscar al jugador contrario y no a la pelota. Entre estas indeterminaciones vive el foul-táctico, y gracias a ellas el fútbol no es sólo destreza física, sino irreplicable conjunción de técnica y planeamiento y ejecución táctico-estratégica.

El foul-táctico es entonces jugar dentro del reglamento pero contra el reglamento. El foul-táctico es parar el juego para reposicionarse; es leer en velocidad el juego para saber cuándo conviene a la estrategia elegida competir con técnicas y cuándo estas han sido superadas. El foul-táctico es decisión y falta. Es el ilícito que el reglamento del fútbol sanciona sin expulsar del juego al infractor. Es darle la posesión de la pelota al contrario para ordenarse defensivamente. Es ganar tiempo, detener el vértigo. Es alertar que estamos mal parados. El foul-táctico es la aceptación de la inferioridad contingente, pero la confianza en las propias fuerzas para seguir peleando el partido y ganarlo. Foul-táctico también es picardía, pero sin cobardía: se falta al reglamento pero no se oculta la falta. Foul-táctico es jugar reglamentariamente, pero no inocentemente.

La cultura y sus textos nos rodean. Nosotros, apasionados con ellos, con su consumo y análisis, nos proponemos intervenir con fouts-tácticos. Nos proponemos escribir en velocidad, buscando detenciones momentáneas del vértigo para poder discutir en presente. Queremos hablar con los tiempos de nuestra adrenalina, pero contra ella. Prometemos fouts-tácticos con un objetivo claro: actuar estratégicamente en la búsqueda de diálogos que nos permitan arrinconar al saber. En la prosecución del juego, en otro lugar, con

otros tiempos, tal vez podamos ensayar palabras más reposadas, mejor evaluadas, menos riesgosas. Mientras tanto, queremos el desafío que implica conjugar la frialdad necesaria para la lectura del juego con la decisión apurada por los tiempos efímeros del presente. Y elegimos el foul-táctico porque nos calificamos, dicho con palabras actuales-momentáneas, como políticamente incorrectos, pero garantistas.

Los editores

"Los simuladores" NO

Inconciente colectivo

José Luis Petris

Sin ruborizarse, hay quienes han calificado a "Los simuladores" como el mejor programa de ficción de la televisión argentina. Sin obligación profesional, hay quienes han publicado alabanzas para alguno de sus capítulos. Todas las críticas que he leído elogian su originalidad; algunas dicen que sus guiones son piezas de "relojería". APTRA galardonó al programa con el Martín Fierro de Oro; sus hacedores no entendieron la lógica del casi "solitario" premio mayor. Y yo no entiendo qué se elogia ni qué se premia.

"Los simuladores" es una especie de versión paródica-folklórica de "Misión imposible". El problema es que la parodia no se desarrolla plenamente porque contradice el carácter conservador del programa, reconocido y defendido por su propio guionista, y su folklore es constantemente sacrificado en defensa de una moral de pretensiones universalistas.

Tal vez el mejor chiste de "Los simuladores" sea la exagerada respuesta que el grupo propone para problemas nimios. En él no se trata de salvar al mundo, sino, por ejemplo, un matrimonio, recuperar a una adolescente bulímica o defender a un niño de las cargadas de sus compañeritos de escuela. Pero el chiste naufraga a mitad de camino porque la causa, aunque ridículamente menor frente a la simulación que intenta salvarla, es en todos los casos una causa noble, que obviamente no admite muchas bromas.

Pero además, estas causas son defendidas en las historias con argumentaciones éticas, muy verbales para ser televisivas, que rara vez confían en sus propias fuerzas. Por ello deben recurrir frecuentemente a pruebas ajenas a la *tekhnê*. El resultado es incómodo: la simulación y el engaño son necesarios para salvar valores morales que, dicen, deberían regir nuestra cotidianeidad. Es decir, la ética necesita del engaño, o la simulación es propuesta como ética, pero eso sí, siempre actuando con profesionalismo.

Leído de otra manera, puede decirse que la indefinición entre la parodia y la solemnidad forman parte y estructuran a "Los simuladores". Es cierto que la presentación del programa lo avisa: "no nos tomen del todo en serio" parece decir ese saltito hacia la derecha golpeando los tacos que ensayan cuatro señores con impermeables bajo la lluvia. Pero sus exégetas, el metadiscurso crítico profuso sobre "Los simuladores", elogia omitiendo ese gesto de farsa. Y elogia su originalidad. ¿Cuál, la de ser una parodia seria? ¿La de proponerse como una estructura de relojería inverosímil?

Me releo: parodia seria, racionalidad inverosímil. Tal vez la gracia de "Los simuladores" repose en este par de oxímorons. Tal vez el atractivo de "Los simuladores" sea absolutamente metadiscursivo. Pero no: existe el texto "Los simuladores". Y en él los citados oxímorons no decantan figuralmente, son tensiones irresueltas: causas políticamente correctas defendidas sin importar los medios; planteos complejos resueltos con argumentos *ad hoc*; moralejas aleccionadoras enunciadas por una organización jerárquica; crítica social setentista mezclada con placeres noventistas.

No me gusta "Los simuladores", me aburre. Pero debo reconocer que disfruto de un tercer oxímoron: el conformado por "Los simuladores" texto y su metadiscurso "oficialista". Creo que ese sí, es un buen chiste.

"Los simuladores" SÍ

Honestidad brutal

Rolando Martínez Mendoza

Situaciones de prestación del servicio, denominadas "operativos", que son la conjunción de esfuerzos para resolver un problema particular - nunca general o social-, donde los intereses de los protagonistas (clientes y prestadores del servicio), o no están claros o no son santos. Tal vez como el Corto Maltés coordinando una serie de voluntades para robar el tesoro del rey de Montenegro y entregarlo a los

revolucionarios de ese país, previo descuento de la comisión y los gastos. Y otras similares: la saga de *Los 7 magníficos*, un film de guerra donde diferentes miembros de diferentes escuadrones (tanques, ingenieros, infantería y hasta los enemigos nazis) buscan asaltar un banco y robarse el oro depositado allí, la dupla Newman/Redford en *El golpe*.

Una actuación actuada o sobre actuada o mal actuada que no busca *naturalizar* personajes ni situaciones. Gestos ampulosos, exagerados, miradas a cámara, chistes muy muy muy tontos. Actores con una historia eminentemente televisiva de segunda línea. Esos que no te podés olvidar porque han sido segundones en la ficción televisiva o primeras figuras de la publicidad. No tratan de mostrar que son como la vida misma, actúan.

Personajes esquemáticos, situaciones esquemáticas. De brocha gorda, pocos matices, poca profundidad psicológica, mucha mucha palabra y no tanta acción como parece. El spaguetti western y las historietas cómicas de Editorial Columba tan brillantemente escritas por Wood y dibujadas por Vogt. No son nada creíbles, más aun son inverosímiles. Los operativos son exageradamente imposibles y su resolución “traída de los pelos”, caprichosa, gratuita.

Cobran por el servicio que prestan. Sí, digámoslo: son mercenarios y no lo ocultan. No se esconden detrás de ideologías que tienden siempre a imponerse como poderes. No son moralistas ni justicieros. Pero se los adivina del lado de un niño angustiado, una mujer en peligro o un hombre acorralado.

Por una suma más gastos ofrecen (re) construir (nuestros) paraísos perdidos. Permiten que no seamos responsables, nos permiten delegar. Exponen lo peor: nuestra vagancia, falta de luces, mezquindades y caprichos.

Pero insisto: no nos juzgan. Son, como nosotros, no héroes, sino hombres solos que se unen ante los desajustes del mundo y ofrecen respuestas personales.

Defienden causas que les parecen justas y/o rentables y no nos exigen nada. Solo la plata, que no necesariamente es la nuestra. Escépticos, no tratan de cambiar el mundo, solo influyen sobre la marcha de los acontecimientos ignorando las reglas sociales establecidas.

Aventureros, corsarios, anarquistas, mercenarios. Se muestran como lo que son: profesionales. Sospecharíamos si lo hicieran gratis, solo adivinamos que lo hacen por la plata y por darse el gusto y por mantener sus gustos.

Supongo que los periodistas críticos bien intencionados y progresistas y las locutoras frívolas a la moda les atribuyen ciertas bondades que no tienen ni generan. Los pensadores críticos, una manifestación más de la poca solidaridad y conciencia social del individualismo post menemista.

Ni esto ni moral K ni superproducción televisiva. Todo lo contrario. Simplemente la honestidad brutal de la aventura.

Cuentos populares vs. cocina de autor

Matías Gutiérrez Reto

A veces la experiencia cotidiana nos revela que las calles de Buenos Aires tienen algo de ese “no sé qué”. Hace menos de una década los restaurantes del que fue por años mi barrio, Colegiales, eran en su mayoría grandes bodegones que en las horas punta desbordaban de parroquianos. Ya no se ven los pingüinos de vino sobre las mesas, pero todavía sobreviven algunas de aquellas parrillas ruidosas en las que se sirven platos de “digestión lenta” que invitan a la desmesura. Hoy los viejos establecimientos conviven con la última avanzada del progreso en lo que hace al arte culinario: “la cocina de autor”. ¿Pero es posible ser autor de un plato de comida?

No descarto que no haya mucho de novedad en este asunto. También se podrá objetar que lo de “cocina de autor” debe ser tan solo una astucia más de algún experto en marketing, de acuerdo, pero en todo caso lo que resulta interesante es la tendencia misma de presentar los platos como el resultado de un trabajo autoral.

El nombre de cocinero les queda chico a los cocineros actuales, el de chef quizá ya no sea el más adecuado. Ya no se trata de recoger una tradición de aquí, otra de allá, para producir un plato sabroso, ahora los responsables de la “cocina de autor” son auténticos demiurgos que enriquecen el acervo de nuestra cultura gastronómica.

Existen platos que auténticamente son marca registrada de sus autores, o por lo menos así parece. Goachino Rossini es tan recordado por El barbero de Sevilla como por sus célebres canelones. La ópera más

famosa del compositor francés Charles Gounod fue sin dudas su Fausto, pero no fueron menos conocidos sus *croutons a la gounod*. La gente de la lírica parece ser gente de buen comer, otra prueba la brinda el calabrés Vincenzo Bellini, que fue un eximio creador de postres. No deja de ser curioso que un arte como la música, en el que la estética de la creación individual es tan fuerte haya dado tantos compositores gourmets ¿Se preocuparían estos autores por el plagio? No hablo de sus óperas, sino de sus recetas.

Un caso de menos brillo, aunque no menos notable lo brinda el revuelto gramajo, cuya lejana autoría parece corresponderle a Artemio Gramajo, edecán de Julio A. Roca durante la campaña al desierto. La creación de Gramajo debió ser más bien un divertimento, simple, pero delicioso.

Dentro de unos meses se sellará finalmente la disputa judicial que llegó hasta la Corte Suprema entre dos cocineras de la tv: Chela Amato Negri vs. Ketty de Pirolo. La primera acusa a su colega haberse atribuido la autoría de un paté bicolor y de otras treinta recetas "light".

Cocina de autor, cosas que pasan. Sinceramente, parece más saludables volver a los bodegones, en donde los platos son como los cuentos populares, creaciones colectivas cuya autoría se pierde en la noche de los tiempos.

García-Benigni-Citroën

José Luis Petris

Hace algunos años Charly García pidió en uno de sus recitales: "Si hay miseria, que no se note". Pocos años después Roberto Benigni filmó y estrenó *La vida es bella*. Hoy, 2003, una publicidad de la marca Citroën concluye con esta misma aseveración: "La vida es bella". Tres textos, difícilmente comparables; tres textos con motivaciones muy distintas, pero con similitudes parciales: disparadores de polémicas los dos primeros; frases formalmente idénticas en los dos últimos; con posibilidades de lecturas semejantes los tres. ¿Construyen serie?

García pidió engañar/engañarse en momentos complicados. En el film de Benigni se engaña al personaje infantil en un escenario cruel y dramático. La publicidad de Citroën, ¿pide engañarse en días difíciles y dolorosos?

A García se le criticó su frivolidad; a Benigni se le discutió su aparente desdramatización de la realidad vivida en los campos de concentración nazis; ¿qué enunciario prevé Citroën?, ¿uno momentáneo y contingente como el del recital de García?, ¿uno múltiple y heterogéneo como el del film de Benigni?

"La vida es bella" de Citroën es mucho más que una misma aseveración comparada con *La vida es bella* de Benigni. En ambos textos vemos muertos en vida, aceptando la metáfora para el film de Benigni, aceptando la elipsis verbal para Citroën: Marilyn, Einstein y Gandhi viven felices en la publicidad porque, nos dice el alegre conductor del taxi, "la vida es bella". En Benigni y en Citroën, también en García, hay tragedias detrás de lo que se muestra o dice, son el telón de fondo de la vida que se intenta glorificar.

Marilyn, Einstein y Gandhi pueden ser metonimias (directas, complejas) de glamour, de genialidad, de espacio interior. Pero no lo son Marilyn, Einstein y Gandhi explicados por la sentencia "La vida es bella". Difícilmente se pueda construir en producción la serie García, Benigni y Citroën, ausencia de marcas indiscutibles entre los primeros, apenas un mismo sintagma entre los últimos. Pero García, Benigni y Citroën lícitamente construyen serie en reconocimiento, aunque Benigni difícilmente haya escuchado a García, aunque Citroën difícilmente haya querido citar a la tragedia, a la muerte y al asesinato para decir: (a pesar de todo) disfrutemos un Citroën.

García, Benigni y Citroën son un buen ejemplo de la escisión esencial que existe entre la producción de textos y su/s reconocimiento/s, es decir en la comunicación humana. Son además un curioso ejemplo, porque aquí esa escisión no es el desgarro de algo enhebrado en producción, sino una sutura imprevista e incómoda entre un no meditado "exabrupto", una no calculada "provocación" y un proyectado "error".